



LA VIOLENCIA **DOMÉSTICA**

*“¿De dónde vienen las guerras
y los pleitos entre vosotros?
¿No es de vuestras pasiones, las cuales
combaten en vuestros miembros?”*
Santiago 4.1

ODIO, ENEMISTAD, ENVIDIA, CONSPIRACIÓN PARA MATAR. Esta no es la descripción de un conflicto entre países, o entre bandas delictivas. Se trata de un hogar en el capítulo 37 de Génesis, el primer libro de la Biblia. Era la familia de Jacob, quien tenía doce hijos; diez de ellos tenían mala fama y el favorito de su padre se llamaba José. Sus hermanos mayores lo aborrecían. Le tenían tanta envidia que conspiraron para matarlo.

Los celos, las rebeldías, y las envidias causan muchos problemas y tragedias en nuestra sociedad. A pesar de los enormes avances en el conocimiento de la personalidad y sus trastornos, no ha sido posible controlar, o al menos moderar, estas pasiones. ¿Y cuál es la causa de toda esta tragedia en tantas familias? Es una sola y Dios la llama pecado. Porque el pecado echa a perder vidas y familias enteras, destruyéndolas y arruinándolas. Y constituye el gran problema de este mundo. Dios, en su Palabra, da una clara descripción de la condición de la raza humana:

*No hay justo, ni aun uno;
no hay quien entienda,
no hay quien busque a Dios.
Todos se desviaron,
no hay quien haga lo bueno.
Con su lengua engañan.
Su boca está llena de maldición
y de amargura.
Sus pies se apresuran
para derramar sangre;
no hay temor de Dios
delante de sus ojos.
Romanos 3.10-15,18*

Regresando a nuestra historia, en el último capítulo de Génesis, después de la muerte de Jacob, leemos las palabras de los hermanos de José: “Y ahora te rogamos que perdones la maldad de los siervos del Dios de tu padre. Y José lloró mientras hablaban”, Génesis 50.17. José escogió perdonar a sus hermanos, quienes lo habían tratado mal y herido, y la Biblia nos dice que los consoló y les habló al corazón.

Ahora pensemos por unos momentos en el santo Hijo de Dios, el Señor Jesucristo, a quien los hombres despreciaron, odiaron, aborrecieron, entregaron por envidia, escupieron su rostro, le dieron puñetazos, azotaron sus espaldas, le pusieron una corona de espinas, y lo crucificaron en medio

de dos ladrones. Aun así, Jesús oraba: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”, Lucas 23.34. Todo lo pecaminoso que proviene de nosotros fue cargado en su cuerpo sobre el madero (1 Pedro 2.23). Y Dios, en su misericordia, acepta la muerte de su Hijo como el pago por nuestros pecados pasados, presentes y futuros. “La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado”, 1 Juan 1.7.

“Justificados (declarados no culpables), pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”, Romanos 5.1. Dios no solo le ofrece el perdón de sus pecados, sino que lo deja como si jamás hubiesen existido. Crea en Él para su salvación.

Gilberto Torrens



Publicaciones Pescadores
publicacionespescadores@gmail.com